

## CUANDO LA ESCUELA NO BASTA: RETOS ACTUALES DE LA CONVIVENCIA ESCOLAR

**Paula Milena Gutiérrez Peluffo<sup>1</sup>**  
**Orcid:** 0009-0000-0730-8700  
**E-mail:** paulami.gutierrez@gmail.com  
I.E. Aurelio Martínez Mutis,  
Bucaramanga.  
Santander.  
**Colombia.**

**Nelson Javier Correa Romero<sup>2</sup>**  
**Orcid:** 0009-0009-9809-7798  
**E-mail:** neco24@gmail.com  
Institución Educativa Integrado  
Municipio de Cóbbita. Departamento de  
Boyacá.  
**Colombia.**

**Recibido 05/112/2025**

**Aprobado: 12/12/2025**

### RESUMEN

En el tiempo actual, la convivencia se ha convertido en un tema fundamental para el desarrollo integral de los estudiantes. En el presente artículo se analizan algunas de las causas que han dificultado la sana convivencia en las aulas, convirtiéndose en un reto crucial para los educadores. Sustentado desde autores como Paulo Freire, Lev Vygotsky, Bronfenbrenner y Zygmunt Bauman, se analiza cómo las relaciones interpersonales de los alumnos se ven afectadas por diversos motivos, desde el área familiar, social y cultural. Estas dinámicas tienen un impacto notable en cómo se comportan, en su habilidad para relacionarse con sus compañeros y en los modos en que le dan significado a su entorno educativo. Asimismo, se destaca el papel transformador de los docentes para construir ambientes enriquecidos de diálogo, paz, justicia y empatía, como herramientas pedagógicas esenciales para favorecer la convivencia armónica de los estudiantes. Por último, invita a repensar la escuela desde una nueva mirada, donde se cultiven relaciones saludables, personas capaces de ponerse en el lugar del otro y de esta manera aportar cimientos fuertes para la construcción de una ciudadanía más humana, pacífica y tolerante. Considerando lo anterior, resulta crucial aceptar que la armonía social no debe enfocarse solo con reglas o guías de conducta, sino entendiendo al individuo en su totalidad, con sus derechos, sentimientos, vivencias y circunstancias. En este sentido, la armonía en las escuelas se entiende como un esfuerzo mancomunado que requiere nutrirse constantemente a través de métodos reparadores, lugares para el diálogo continuo, programas de desarrollo

<sup>1</sup> Magister en Educación, Licenciada en Educación Preescolar, Docente de Básica Primaria en la I.E. Aurelio Martínez Mutis, Bucaramanga, Santander.

<sup>2</sup> Coordinador de la Institución Educativa Integrado del municipio de Cóbbita en el departamento de Boyacá, Licenciado en Informática Educativa y Magister en Educación de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

emocional y una perspectiva centrada en las relaciones, que vea al alumno como actor principal y no como un receptor del sistema.

**Palabras clave:** Convivencia escolar, diálogo, ciudadanía, relaciones interpersonales.

## WHEN SCHOOL IS NOT ENOUGH: CURRENT CHALLENGES TO SCHOOL COEXISTENCE

### ABSTRACT

At the present time, living together has become a fundamental issue for the integral development of students. This article analyzes some of the causes that have hampered healthy coexistence in classrooms, becoming a crucial challenge for educators. Supported by authors such as Paulo Freire, Lev Vygotsky, Bronfenbrenner and Zygmunt Bauman. These dynamics have a significant impact on how they behave, their ability to relate to peers and the ways in which they give meaning to their educational environment.. It also highlights the transformative role of teachers in building enriched environments of dialogue, peace, justice and empathy, as essential pedagogical tools to promote harmonious coexistence among students. Finally, it invites us to rethink school from a new perspective, where healthy relationships are cultivated, people able to put themselves in the other's place and thus provide strong foundations for the construction of a more human, peaceful and tolerant citizenship.. Considering the above, it is crucial to accept that social harmony should not be approached only with rules or guidelines of behavior, but understanding the individual as a whole, with his rights, feelings, experiences and circumstances. In this sense, harmony in schools is understood as a concerted effort that requires constant nurturing through restorative methods, places for continuous dialogue, emotional development programmes and a relational perspective, to see the learner as a principal actor and not merely a receiver of the system.

**Keywords:** school coexistence, dialogue, citizenship, interpersonal relations.

## Introducción.

La escuela, hoy en día, tiene la responsabilidad de garantizar espacios más seguros, incluyentes y tolerantes para fortalecer la convivencia de los niños y jóvenes. Con regularidad se observa que los estudiantes llegan a las aulas con vacíos emocionales, familiares y sociales, que afectan su manera de relacionarse, aprender y desenvolverse en el entorno escolar. En tal sentido, el propósito de este ensayo argumentativo es analizar los desafíos actuales de la convivencia escolar y resaltar la importancia de transformar la educación en un espacio que fomente el diálogo, la empatía y la colaboración para formar ciudadanos capaces de enfrentar problemas sociales y emocionales.

Bajo esta perspectiva, cuando se dice que la escuela “ya no basta”, señala la dificultad de responder o aportar a las nuevas realidades que presentan los estudiantes y demandan un sentido social más amplio. Teniendo en cuenta este panorama, la convivencia escolar debe dejar de ser un aspecto normativo para transformarse en un eje fundamental del desarrollo integral de los estudiantes. Asimismo, el sentido de la educación no debe limitarse en la enseñanza de contenidos académicos, implica mucho más, es enseñar a vivir con el otro y a resolver los conflictos mediante el diálogo, el respeto y la empatía.

Para entender la dinámica de la vida en las escuelas, diversas teorías han aportado, viéndola como algo complejo y muy conectado al crecimiento integral de los

alumnos. Las teorías pedagógicas, socioculturales y ecológicas concuerdan en que el aprender a vivir juntos no es algo espontáneo, sino algo que se construye de manera conjunta, nutriéndose del contacto con los demás, de aceptarlos como son y de hacer más fuertes los lazos en la escuela. Estas visiones destacan que la escuela, más allá de enseñar conceptos, debe ser un lugar donde los alumnos se sientan seguros, respetados y tengan oportunidad de mejorar sus habilidades sociales, emocionales y morales, lo que les permitirá ser parte activa y responsable de la sociedad.

Desde la teoría sociocultural de Vygotsky (1979), el autor plantea que el aprendizaje y el desarrollo no puede entenderse como procesos separados, sino como construcciones sociales en donde el lenguaje, la interacción con el otro y la cultura, desempeñan un papel fundamental en el desarrollo de los estudiantes. Por lo tanto, al fomentar la convivencia, se favorece la dimensión ética, socioafectiva y a su vez impacta directamente en los procesos cognitivos.

Ahora bien, admitir lo crucial que es la convivencia en las aulas también nos obliga a aceptar que consolidarla exige estrategias planeadas y constantes. No es suficiente crear reglamentos internos ni castigar los problemas; se precisa crear métodos educativos que incluyan el ámbito emocional en el plan de estudios, fomentando que los alumnos se involucren y afiancen el nexo con los padres. Las estrategias reparadoras, las iniciativas conjuntas y la enseñanza emocional se vuelven recursos clave para cambiar la clase en un lugar donde el respeto y la responsabilidad compartida se sientan a diario. Asimismo, es fundamental que la escuela se muestre como un frente de prevención contra las formas de violencia, rechazo y disparidad que se dan en la

sociedad. Hacer de la convivencia un tema central influye en el nivel educativo, y ayuda a crear ciudadanos que sepan su rol en la creación de grupos más equitativos y unidos. La educación, vista así, deja de ser algo personal y prepara a los jóvenes para afrontar los retos morales y sociales del mundo de hoy.

El presente artículo analiza desde un enfoque teórico-pedagógico, algunas de las causas que han debilitado la sana convivencia, identificando los desafíos que viven los docentes, familias y estudiantes en medio de contextos difíciles y fragmentados. Por lo anterior, partiendo de los autores Freire, Vygotsky, Bronfenbrenner y Bauman, se propone una reflexión sobre la necesidad de transformar la convivencia en una tarea compartida y coherente con todos los actores educativos. El artículo invita a imaginar la escuela como un lugar en el que se cultiven relaciones fuertes, privilegiando el respeto por las diferencias y se formen sujetos capaces de convivir con responsabilidad, solidaridad y sentido ético.

Luego de esta introducción y continuando con el desarrollo de este artículo, surgen los siguientes interrogantes: ¿Qué sucede cuando aprender a convivir se convierte en una de las mayores barreras de ir a la escuela? ¿Y si el aula ya no es un lugar seguro para aprender y desarrollarse integralmente, sino que es un escenario para la práctica del conflicto, la exclusión social o de la violencia sin ruido? La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO (2021) señala que, al menos una de cada tres niñas, niños y adolescentes en América Latina

ha experimentado alguna amenaza de acoso en la escuela. Estas estadísticas denotan una realidad preocupante, la escuela está dejando de ser sinónimo de convivencia armónica y formadora, a su vez, la ausencia de valores revela una problemática profunda que afecta uno de los cuatro pilares fundamentales de la educación, “aprender a vivir juntos” establecido por Delors (1994) en el informe de la UNESCO. De modo que, la convivencia no surge de forma espontánea en el ámbito educativo, exige una construcción consciente, sistemática y comprometida por parte de todos los actores escolares. No se trata de evitar el conflicto, sino de generar condiciones para que, mediante el diálogo, se construya una vida escolar justa, equitativa y respetuosa.

Convivir no se trata de evitar los desacuerdos, ni huir de situaciones conflictivas, se trata de construir relaciones sanas, aprender a escuchar, a respetar lo distinto, a resolver problemas con empatía y tolerancia; es enseñar a vivir con otros, incluso cuando diferimos en pensamientos y opiniones. Por este motivo, desde las aulas se debe generar una reflexión de manera consciente e intencional acerca de la importancia del respeto por el otro y promover espacios de armonía y sana convivencia.

Actualmente, la convivencia escolar representa un punto clave que se debe analizar a profundidad y con sensatez, considerando las transformaciones que ha experimentado la sociedad, especialmente entre los más jóvenes. Un gran número de niños y adolescentes han sido afectados por diversas circunstancias de su ambiente, siendo la violencia doméstica una de las más comunes, donde uno o más familiares padecen abusos, estableciendo modelos de comportamiento que pueden repetirse e impactar en la manera cómo interactúan con otros. Este tipo de situaciones son muy

comunes en el aula, a menudo se observa que los agresores, tienen un trasfondo familiar que ha tergiversado la manera en que establecen un vínculo con sus pares y regularmente ellos también han sido víctimas de su propio entorno.

La escuela no puede ser solo un lugar de enseñanza académica; debe convertirse en un entorno donde se restauren las relaciones humanas que han sido deterioradas por la desigualdad. Muchos de los estudiantes llegan con escasas herramientas emocionales, cargando infinidad de carencias afectivas y modelos de relación distorsionados. Frente a esto, el rol del docente trasciende de la instrucción, a la construcción de espacios donde cada niño y joven descubra que sus emociones, tienen nombre, sentido y caminos para expresarse.

En este proceso, la autogestión emocional se convierte en el primer paso, cuando un estudiante aprende a reconocer su rabia o su miedo sin juzgarse, nace la posibilidad de ver en el otro, una fuente de apoyo y colaboración. Pero este camino no puede recorrerlo solo la escuela, y duele reconocer que muchas familias, arrastradas por las exigencias de un mundo difícil, han tenido que delegar en otros la responsabilidad de la crianza, dejando vacíos y huellas marcadas en sus hijos. A raíz de ello, se revela que muchos estudiantes están siendo formados por agentes externos como la televisión y el internet, generando una visión equivocada de la realidad y sustituyendo el diálogo formativo que orienta y crea cimientos firmes en las dimensiones ética, emocional, espiritual y social de un individuo.

Un aspecto más que influye en cómo se relacionan los alumnos, es la consecuencia de las transformaciones experimentadas durante la pandemia, esta etapa supuso una brusca pausa en el contacto diario con el mundo, aislando a las personas y limitando las oportunidades de convivencia, sustituyéndolas por dispositivos electrónicos. Como resultado, una gran cantidad de niños y jóvenes aumentaron el uso de dispositivos tecnológicos y disminuyeron de manera notable el juego, la exploración del medio y la socialización, los cuales son esenciales para establecer relaciones saludables, aprendiendo a resolver problemas cotidianos, estableciendo acuerdos y respetando pensamientos distintos.

Para Bronfenbrenner (1987), la familia representa el contexto más íntimo e importante en la existencia de una persona. Es en este espacio donde se forman las bases del comportamiento y las pautas iniciales que luego facilitarán la creación de conexiones emocionales significativas. El autor denomina el microsistema como: "...patrón de actividades, roles y relaciones interpersonales que la persona en desarrollo: experimenta en un entorno determinado, con características físicas y materiales particulares" (p.41). Sin embargo, Bronfenbrenner también señala que no basta con que la familia esté presente para que su impacto sea positivo, sino que lo fundamental es si realmente puede educar, algo que, a su vez, depende del entorno social en el que viven quienes cuidan de los niños. Tal y como lo expresa Bronfenbrenner (1987): "...el hecho de que los padres puedan cumplir con eficacia su rol de educadores dentro de la familia depende de la demanda de roles, el estrés y el apoyo que surjan de otros entornos" (p.26). Según lo expuesto por el autor, se afirma la idea del por qué a menudo, las

familias, aun estando presentes, se les dificulta ofrecer un apoyo y acompañamiento real y significativo, debido al cansancio emocional, las exigencias del trabajo, la soledad o la carencia de una red de apoyo que, influye sin duda, en su papel como formadores. Así pues, la escuela debe cambiar su perspectiva y dejar de ver a la familia como agente aislado y aceptar el reto de crear lazos de colaboración, que ofrezcan apoyo tanto al niño como a sus cuidadores.

Dado que el uso de la tecnología ha avanzado vertiginosamente, y gran parte del tiempo empleado por los niños y jóvenes ha aumentado a su vez, la sobreestimulación se hace visible, evidenciando que se encuentran expuestos a diversidad de contenidos inadecuados para la edad de desarrollo en la que se encuentran. El tipo de contenido con el que interactúan frecuentemente está relacionado con juegos violentos, series o películas que no son aptas para su edad por el tipo de lenguaje y escenas que se allí presentan; por otra parte, los discursos de odio en las diferentes redes sociales, donde se ha normalizado hacer juicios y señalamientos, detrás de una pantalla, empleando la burla y palabras hirientes que afectan significativamente la autoestima de los niños y jóvenes que lo reciben. Dichas tendencias, está afectando de manera directa la manera en que nuestros estudiantes se relacionan, dado que se encuentran en una edad inmadura, que no les permite establecer criterios sólidos para diferenciar la realidad, de la imagen distorsionada que les ofrece el internet.

Autores como Zygmunt Bauman (2003) advierten sobre lo efímeras que se están convirtiendo las relaciones humanas, relacionándolas a un estado “líquido”, que no perdura en el tiempo, debido a la rapidez en la que el mundo se encuentra viviendo, donde cuesta establecer un compromiso para construir relaciones duraderas, por el contrario, se ha perdido el valor de permanecer, construir conjuntamente, involucrarse emocionalmente y mantener vínculos significativos. Por lo anterior, desde la escuela, se debe empezar a erradicar esa cultura del individualismo, y fomentar espacios de empatía, tolerancia y aprendizaje cooperativo.

Tomando como punto de partida, las causas anteriormente expuestas, es necesario volver a plantear la pregunta inicial: ¿qué sucede cuando aprender a convivir se convierte en una de las mayores barreras de ir a la escuela? Lo cual implica un proceso necesario de transformación del entorno escolar, convirtiéndolo realmente en un espacio seguro para la sana convivencia. Comprender que la escuela debe trascender de la enseñanza de contenidos estructurados en un currículo, a la mediación de habilidades sociales, cultura de diálogo, cooperación y justicia, se hace ineludible la reflexión de aquellas situaciones que deben ser erradicadas del quehacer pedagógico.

Paulo Freire (2004) reflexiona sobre el quehacer docente, señalando que “se percibe, así, la importancia del papel del educador, el mérito de la paz con que viva la certeza de que parte de su tarea docente es no sólo enseñar los contenidos, sino también enseñar a pensar correctamente” (pág. 13). Es entonces, la labor del maestro una responsabilidad ética y humana para formar individuos conscientes y capaces de convivir

con el otro desde el respeto mutuo. Educar para la convivencia y construir ambientes de paz, se constituyen en la ruta ideal para la construcción de ciudadanía.

Freire afirma que, "...no hay entendimiento que no sea comunicación e intercomunicación y que no se funda en la capacidad de diálogo. Por eso, pensar acertadamente es dialógico y no polémico" (p.18). En nuestras aulas, el diálogo deja de ser simplemente un método para convertirse en la esencia de una educación que valora lo humano. Es en ese momento, cuando se permite que una pregunta inesperada desvíe el plan de clase, cuando se aprende a escuchar no solo las palabras sino los miedos y sueños detrás de ellas; cuando se convierte cada error, no en una falta sino en una puerta hacia nuevos entendimientos compartidos.

La teoría confirma que los estudiantes aprenden mejor cuando se sienten acogidos, cuando sus voces son respetadas y valoradas. Un diálogo genuino no es solo una técnica pedagógica, es una práctica orientada a la construcción de confianza, mientras se derriba el mito del profesor como dueño absoluto del saber. Por ello, se requiere una revisión constante de las prácticas pedagógicas para propiciar aprendizajes significativos, articulando experiencias, saberes y emociones.

Por su parte, Freire, en Educación y cambio, (2002) afirma que:

Sólo el diálogo comunica. Y cuando los dos polos del diálogo se ligan así, con amor, con esperanza, con fe en el otro, se hacen críticos en la búsqueda de algo y se produce una relación de "empatía" entre ambos. Sólo allí hay comunicación. (Pág. 25).

La palabra en el aula trasciende su función comunicativa para convertirse en un acto creador de realidades, donde cada diálogo auténtico, nacido de la escucha activa y la voluntad de comprender al otro, tiene el potencial de abrir caminos hacia la reparación y el reconocimiento. La tarea del docente es promover en cada espacio escolar, una cultura del diálogo consciente, donde los estudiantes experimenten el poder transformador del diálogo y la escucha reparadora que valida su experiencia. Este aprendizaje vital, que no puede reducirse a talleres esporádicos, les revelará que las palabras son herramientas que pueden construir puentes de confianza cuando emergen de la empatía, o fracturar autoestimas cuando brotan de la indiferencia. El verdadero reto de la educación consiste, precisamente, en constituirse como una guía orientadora mediante la cual, elijan conscientemente usar ese poder para construir relaciones humanas más dignas y compasivas.

Freire en sus escritos recuerda que enseñar es un acto de amor y es a partir del amor donde se pueden construir relaciones más humanas, conscientes y empáticas. Es por ello por lo que la escuela tiene la responsabilidad de generar ambientes que favorezcan la sana convivencia, mediante el diálogo, donde cada estudiante se sienta reconocido, escuchado y valorado. Esta nueva disposición, transforma la forma de relacionarse con el otro, estableciendo vínculos fuertes a partir del fortalecimiento de valores como el respeto, la justicia y la solidaridad.

Otro de los grandes autores que se interesó por conocer acerca de la importancia de las relaciones humanas para el aprendizaje, fue Lev Vygotsky (1979), quien reflexiona que “en el desarrollo cultural del niño, toda función aparece dos veces: primero, a nivel

social, y más tarde, a nivel individual; primero entre personas (interpsicológica), y después, en el interior del propio niño (intrapsicológica)” (p.94).

Considerando la idea que plantea el autor, se hace evidente lo decisivo que es el crecimiento tanto mental como social de los niños. En este proceso, la conexión con los demás se vuelve clave para un aprendizaje significativo. Por eso, es vital dar prioridad a entornos donde se impulse el trabajo en equipo, la escucha activa y la integración. Así, se fomentan capacidades básicas para la convivencia, y el docente actúa como mediador en esos ambientes, facilitando las relaciones interpersonales y la creación de un sentido de comunidad.

El autor Vygotsky (1979), considera “el aprendizaje como un proceso profundamente social, hace hincapié en el diálogo y en los distintos papeles que desempeña el lenguaje en la instrucción y en el desarrollo cognoscitivo mediato” (p.196). En las ideas expuestas por el autor, se fundamenta nuevamente la importancia del diálogo en el aprendizaje de los niños, destacando la dimensión social como área mediadora del conocimiento. El autor en sus investigaciones demuestra que los seres humanos poseen habilidades cognitivas superiores, las cuales son desarrolladas mediante la relación con el entorno y con sus pares.

Dentro de la idea del lenguaje, que es el componente clave en la teoría de Vygotsky sobre la cultura, el diálogo va mucho más allá de sólo comunicarse; se convierte en una herramienta que une al individuo con su entorno, facilitando la

comprensión y creando una conciencia personal. En la educación, esto quiere decir que el diálogo entre estudiantes y maestros o entre compañeros es muy importante, no simplemente para el resultado en la escuela sino también para mejorar las habilidades sociales, emocionales y éticas. Así pues, promover el diálogo en el aula es fundamental; significa brindar a los alumnos la oportunidad para construir significado, agudizar su criterio y aprender a vivir juntos a través del diálogo, el respeto y la reflexión. Esta visión de Vygotsky hace más fuerte la idea de que la paz en la escuela va de la mano con el aprendizaje cooperativo, ya que, en el relacionar con otros, es posible crecer como personas, sentir empatía y enseñar de manera real para la paz.

La convivencia no es solo un tema más en el plan de estudios; es el eje central de la educación. No se reduce a una clase semanal sobre valores o a talleres de resolución de conflictos si, en el día a día, los estudiantes enfrentan miradas que los ignoran, gestos que los excluyen o normas que silencian sus inquietudes. Aprender a convivir no ocurre con clases magistrales, sino en la cotidianidad de los momentos del aula, cuando el profesor detiene la lección para escuchar una pregunta incómoda, cuando un compañero celebra una idea en vez de burlarse, o cuando el aula se convierte en un espacio donde errar no da vergüenza, sino oportunidades.

Se trata de que cada niño y joven, sienta que pertenece, que su voz puede ser escuchada, que su presencia no es un número, sino un mundo. En esa estructura de convivencia, los educadores no son solo transmisores de contenidos, sino constructores de encuentros. Cada saludo pronunciado con nombre propio, cada conflicto transformado en oportunidad de diálogo, cada silencio interpretado como una historia por

descubrir, constituyen los cimientos con los que se construye una escuela que vela por las necesidades de los estudiantes. No hay una educación más humana sin la valentía de cuestionar nuestros propios automatismos, ese llamado de atención hecho sin escuchar razones, esa sonrisa que no llega a los ojos, esa prisa que convierte a las personas en obstáculos para cumplir los temas establecidos en el currículo. Aquí radica el desafío mayor, crear instituciones donde la excelencia académica y la calidez humana no compitan, sino que se alimenten mutuamente, porque como bien lo saben los maestros que dejan huella, no se puede enseñar a pensar sin antes hacer sentir que se existe.

Enfrentar los desafíos de la convivencia escolar, exige que las escuelas vayan más allá de solo detectar problemas; deben convertirse en espacios donde se construyan, día a día, relaciones más solidarias y éticas entre todos sus miembros. Para lograrlo, es clave diseñar estrategias pedagógicas que no solo resuelvan conflictos, sino que también cultiven un ambiente de respeto, equidad y participación real.

En el corazón de una educación transformadora, late la enseñanza emocional. Investigaciones fundamentales como las de Goleman (1998), en las que refiere “que la inteligencia emocional constituye un hito esencial para el futuro de nuestros hijos, convendrá repensar la noción de los “fundamentos” de la educación” (pág. 345), recuerda que enseñar a gestionar las emociones es tan vital como enseñar a leer.

Cuando los estudiantes aprenden a traducir sus emociones en palabras y acciones conscientes, adquieren una estrategia reparadora contra la impulsividad y la violencia.

Los autores Díaz et al. (2013), sustentan que “las destrezas psicosociales permiten a las personas transformar actitudes, conocimientos, habilidades y competencias, lo cual implica el saber qué hacer y cómo hacerlo”, dicha argumentación revela que la empatía, la autorregulación y la comunicación asertiva no son dones innatos, sino competencias que pueden cultivarse, y la adquisición de dichas destrezas le permitirán actuar de manera adecuada. Lo revelador es que estos aprendizajes producen un doble beneficio, no solo fortalecen las relaciones escolares, sino que activan cualidades de bienestar emocional los cuales potenciarán el rendimiento académico.

En muchas escuelas todavía se manifiestan las consecuencias de los reglamentos punitivos, donde el miedo al castigo son el único freno a los conflictos. Pero existe otro camino, las prácticas restaurativas que invitan a tomar una perspectiva distinta; cuando se presenta un conflicto en el aula, las metodologías restaurativas transforman el problema en una oportunidad. A través del diálogo o los espacios de reflexión compartida, los estudiantes aprenden algo esencial, y es que sus acciones tienen consecuencias reales en los demás, y que todos, incluso quien cometió el error, tienen algo valioso que aportar a la solución.

No se trata de pasar por alto las faltas, sino de abordarlas de manera que todos crezcan en el proceso. Las prácticas restaurativas favorecen procesos de comprensión que fortalecen la comunidad escolar; los docentes que las implementan suelen

sorprenderse al descubrir que, cuando se da voz a todos los implicados, las soluciones suelen ser más justas y duraderas que cualquier sanción impuesta.

Por otra parte, los educadores al identificar la dificultad en los estudiantes para trabajar en equipo o resolver conflictos pacíficamente, se encuentra que muchas veces se esconde una realidad más profunda, la ausencia de acompañamiento familiar en su proceso educativo. Los estudios lo confirman, desde la psicología educativa hasta las neurociencias, cuando las familias se distancian de la escuela, los niños y jóvenes enfrentan consecuencias psicosociales que se manifiestan en sus relaciones con compañeros y docentes. Ante esta realidad, surge una oportunidad de reinventar la relación escuela-familia. Se debe dejar atrás ese modelo antiguo donde los padres solo son convocados para recibir quejas o firmar boletines; hoy en día se conoce, por experiencia concreta en cientos de escuelas, que cuando se construyen espacios verdaderamente participativos, como talleres donde padres y docentes aprenden juntos, o círculos de diálogo donde se comparten preocupaciones reales, ocurren verdaderos cambios; las familias dejan de ser espectadores distantes para convertirse en aliados estratégicos del proceso educativo.

Las normas impuestas sin participación carecen de solidez y se ve comprometida su sostenibilidad; la verdadera convivencia escolar no se decreta, se co-construye. En algunos proyectos significativos, como los consejos estudiantiles representativos o los acuerdos de aula negociados, tienen algo en común, y es el hecho de reconocer a los

estudiantes no solo como receptores de normas, sino como ciudadanos escolares con voz y voto. En muchas escuelas todavía persiste ese modelo donde las normas llegan escritas en un documento que nadie discute, donde las decisiones las toman los adultos, mientras los estudiantes simplemente obedecen. Pero existe otra manera, una que transforma radicalmente la convivencia, aquella donde las reglas se construyen con los estudiantes.

Al involucrar a los estudiantes en la creación de las reglas, no solo se cultiva su sentido del deber, sino que se validan como individuos hábiles para razonar, debatir y decidir sobre lo que les rodea. Esta integración es fundamental para un ambiente escolar democrático, los alumnos se sienten realmente involucrados en el proceso y, por ende, se dedican con más sinceridad a seguir las normas. De este modo, la regla ya no es algo que viene de afuera, sino un pacto entre todos, resultado de valorarse unos a otros. En este tipo de escuelas, coexistir no implica solo obedecer órdenes, sino aprender a hacerlas en equipo.

Distintos estudios globales revelan que educar para la convivencia no es solo una alternativa en la enseñanza actual, sino algo imprescindible para asegurar que las escuelas sean lugares seguros, integradores y más humanos. En Nigeria, un estudio novedoso sobre lo que piensan los profesores puso de manifiesto que la instrucción en Ciencias Sociales es crucial para impulsar la coexistencia pacífica, al cultivar en los alumnos el respeto, la tolerancia y el sentido de la responsabilidad cívica (Olugbenga Omiyef, 2024). Dicho estudio viene a corroborar que el plan de estudios escolar puede y debe ser un instrumento de cambio, siempre y cuando se incluyan estrategias claras para

consolidar los valores y las habilidades socioemocionales de los menores y adolescentes.

En un panorama totalmente distinto, aunque con desafíos parecidos, la UNESCO ha puesto en marcha planes de formación en Mosul, Irak, luego de varios años de guerra, donde la escuela se transformó en un lugar vulnerable y dividido. Mediante talleres para profesores, gestores y padres, la organización consiguió impulsar una cultura de paz, resistencia y aceptación, probando que la educación puede ser clave para rehacer la sociedad en pueblos golpeados por la violencia y el rechazo (UNESCO, 2023). Esta vivencia global es un vivo ejemplo de cómo la enseñanza enfocada en la armonía no solo influye en el ambiente escolar, sino que además tiene un efecto social, ayudando a la recuperación emocional y a evitar que se repitan los conflictos.

En ambos estudios, queda claro que una convivencia positiva en las aulas no surge por casualidad, sino que requiere intención, esfuerzo compartido y una mirada más allá de los libros. Cuando la escuela asume el desarrollo emocional y personal como parte esencial de su misión, los estudiantes no solo aprenden a resolver conflictos sin violencia, sino que también cultivan la empatía, el trabajo en equipo y la solidaridad. Estas habilidades son semillas para una sociedad más justa y unida. Como lo demuestran experiencias en distintas partes del mundo, invertir en una educación que priorice la buena convivencia es construir los fundamentos sólidos para comunidades donde prime el respeto, la seguridad y la unión.

Para concluir, fomentar una verdadera armonía en el entorno escolar precisa reconsiderar las conexiones esenciales que dan forma al día a día educativo, la unión entre la escuela y la familia, y el trato entre adultos y alumnos. No se refiere a ceder funciones, sino de crear lazos sólidos donde cada participante, padres, profesores y alumnos, jueguen un rol importante en el desarrollo personal y cívico. La escuela actual y venidera no puede seguir imitando modelos impositivos; debe apostar por el debate, la atención y la colaboración como motores de cambio. Solo así se podrá educar a individuos analíticos, comprensivos y dedicados a construir un mundo más equitativo desde su primer entorno: la escuela. Porque educar va más allá de impartir saberes, es enseñar a coexistir, y ese saber solo crece en lugares donde todos tienen voz y voto.

### **Reflexiones finales.**

Educación para la convivencia no es una tarea fácil ni algo que se pueda abordar por separado del resto de la vida escolar. Supone transformar de raíz cómo entendemos la escuela, el rol de quienes enseñan y el sentido mismo de educar. En un contexto social marcado por la incertidumbre, la fragmentación y la pérdida de vínculos, como plantea Bauman, la escuela sigue siendo uno de los pocos lugares donde todavía es posible construir comunidad, recuperar la confianza, crear espacios de paz y sembrar ciudadanía desde la infancia. Por lo tanto, ante una sociedad que fluye y cambia constantemente la escuela tiene que ser un punto de referencia ético y emocional, un espacio donde la convivencia pacífica se viva, se reconozca y se ponga en práctica.

No basta con imponer normas o desarrollar proyectos puntuales sobre valores. La convivencia requiere una pedagogía que priorice el encuentro, el respeto y el diálogo

auténtico; cada niño y cada niña deben ser reconocidos como personas con derechos, con una voz que merece ser escuchada, con emociones, historia y posibilidades. La convivencia no se enseña con discursos, se vive, se muestra y se aprende en la cotidianidad. Esto quiere decir que el comportamiento diario del profesor y la congruencia en lo que hace constituyen, en verdad, el currículo implícito de mayor impacto para educar a personas aptas para la vida en sociedad.

Los vínculos que se forman en la escuela son fundamentales para el desarrollo emocional, ético y cognitivo de los estudiantes. Por ello es tan importante fomentar un ambiente donde se escuche con atención, se practique la empatía y se reconozca al otro como un individuo auténtico, eso no solo mejoraría la convivencia, también permitiría un desarrollo más pleno. No se puede enseñar de verdad, sin enseñar a convivir, porque los aprendizajes que dejan huella son aquellos que se construyen con confianza, respeto y alegría compartida.

La convivencia no se construye solo dentro del aula, sino a partir del cruce entre distintos contextos, la familia, la comunidad, los medios, las políticas públicas, entre otros; cuidarla exige un compromiso compartido entre todos los actores sociales. No se trata solo de formar personas “buenas”, sino de educar ciudadanos capaces de transformar su realidad con conciencia, sensibilidad y responsabilidad. En este sentido, la convivencia es un fenómeno interdependiente, la escuela no puede cambiar sola, necesita una red de corresponsabilidad que sostenga y amplifique su labor.

La convivencia, entendida como un tejido que se construye entre aula, familia, comunidad y políticas públicas, también se ve desafiada por el papel que la tecnología ocupa en la vida cotidiana. La tecnología en sí misma no se constituye un problema, sino su uso indiscriminado, especialmente cuando reemplaza los encuentros presenciales, limitando aquellas experiencias fundamentales que desarrollan el carácter y la sensibilidad humana. El verdadero desafío educativo actual consiste en garantizar que niños y jóvenes tengan oportunidades cotidianas de interactuar sin mediaciones digitales, de establecer contacto visual directo, de colaborar en juegos colectivos, de consensuar normas grupales y de manejar los conflictos mediante el diálogo.

Estas interacciones constituyen el núcleo de las competencias socioemocionales decisivas para el siglo XXI. Mientras las habilidades tecnológicas pueden adquirirse mediante tutoriales, la capacidad de convivencia solo se cultiva en la práctica relacional constante, donde se ejercitan la reciprocidad, la tolerancia a la frustración y el reconocimiento del otro en su plena humanidad. La paradoja de nuestro tiempo exige, pues, formar personas que sean tan competentes digitalmente como hábiles socialmente, recordando que ningún dispositivo puede sustituir la riqueza formativa de un abrazo oportuno, una sonrisa cómplice o una lágrima compartida.

Este cambio de hábitos, marcado por la virtualidad y el aislamiento, ha dejado en evidencia que, aunque la tecnología ofrece herramientas valiosas, no puede suplir la experiencia viva del encuentro humano. En este escenario, pensar la convivencia escolar desde una perspectiva más humana y dialogante ya no es un ideal, es una urgencia ética. Hoy, la escuela debe ser un espacio donde se aprenda a mirar al otro con respeto,

a reconocer la dignidad en lo cotidiano, a construir relaciones que duren y a imaginar una sociedad más justa. De modo que, optar por una convivencia transformadora es, en el fondo, elegir por una educación que tenga sentido, que conecte con la vida y que deje huella.

Promover la armonía en la enseñanza supone apostar por instruir a personas jóvenes capaces de relacionarse consigo mismas, con los demás y con el entorno, bajo los principios de la ética, el respeto y el apoyo conjunto. La escuela, al ser un espacio social fundamental, debe trascender la transmisión de saberes, convirtiéndose en un laboratorio de civismo, donde cada encuentro represente una oportunidad para saber dialogar, valorar las diferencias y construir vínculos significativos; elegir una convivencia auténtica no solo favorece el aprendizaje, sino que también fortalece los cimientos de comunidades más justas, humanas e integradas.

En definitiva, es crucial entender que la convivencia es un camino que se construye día a día, requiriendo pasión, ingenio y un esfuerzo conjunto. Únicamente cuando la escuela abrace su papel de motor de cambio social, y profesores, familias y alumnos colaboren para crear ambientes seguros y comprensivos, se podrá vislumbrar una sociedad donde la educación no solo comparta conocimientos, sino que marque vidas de manera perdurable. Es por ello por lo que, educar para la convivencia, en esencia, es educar para vivir y para mantener viva la esperanza.

Educar para la convivencia implica reconocer que las aulas trascienden su función instructiva para convertirse en laboratorios sociales donde se experimentan los modelos de sociedad que aspiramos a crear. Cada interacción, ya sea una palabra oportuna, un gesto de consideración o una escucha genuina, constituye un acto pedagógico que consolida una cultura de paz. Así, entendida la convivencia, deja de ser un contenido curricular aislado para transformarse en el principio articulador de toda práctica educativa.

Los desafíos que representa la convivencia escolar en el aula, deben mantener una coherencia entre el discurso pedagógico y la práctica cotidiana. Esta integridad ética, donde los valores y principios se vean reflejados en el contexto escolar, simboliza quizá la contribución más perdurable de la educación, su capacidad para reparar el tejido social y gestar un futuro donde la diversidad, lejos de ser motivo de conflicto, se convierta en cimiento de nuevas formas de solidaridad humana.

### Referencias.

Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de cultura económica.

Bronfenbrenner, U. (1987). La ecología del desarrollo humano: Experimentos en entornos naturales y diseñados. Ediciones Paidós Ibérica S,A.

Delors, J. (1994). Los cuatro pilares de la educación. UNESCO.

Díaz Posada, L., Rosero Burbano, R., Melo Sierra, M., & Aponte López, D. (2013). Habilidades para la vida: Análisis de las propiedades psicométricas de un test creado para su medición. Revista Colombiana de Ciencias Sociales, 181-200.

Freire, P. (2002). Educación y cambio. Galerna .

Freire, P. (2004). Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa. Paz y Tierra.

Goleman, D. (1998). La práctica de la inteligencia emocional. Kairós. S.A.

Olugbenga Omiyef, M. (2024). La percepción de los docentes sobre los estudios sociales como instrumento para la coexistencia pacífica en Nigeria. Revista internacional de estudios contemporáneos en educación, 1-12.

UNESCO. (2021). Más allá de los números: Poner fin a la violencia y el acoso en el ámbito escolar. París: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

UNESCO. (2023). UNESCO fosters peaceful co existence and tolerance through education in Mosul primary schools. . UNESCO.

Vygotsky, L. S. (1979). El desarrollo de los procesos psicológicos superiores. Crítica.